

Fichas americanas

El diario de Bertoldo Braun

Inocencio de las Carreras (H)

Hispanamérica. Madrid, 1986.

Despliegue valeroso de sátira y buena literatura es lo que se nos proporciona en las páginas de *El diario de Bertoldo Braun*. Decir que se trata de un libro en clave humorística sería arriesgado, no porque el término humor no se pueda aplicar en este caso, sino por la vulgaridad y vacío con que este calificativo corre a menudo. En ocasiones humor es igual a falacia artística y literaria; los aspirantes a escritores se apoyan en el humor para que unas situaciones «graciosas» enmascaren la gratuidad del mensaje o la corta agilidad idiomática. La obra que nos ocupa está plagada de jocosidad pero a este elemento es oportuno hurtarle semejante bulto para ir al acecho de la excelente construcción literaria que sustenta la intención del autor.

Inocencio de las Carreras (H) no es más que el seudónimo de alguien de quien no vamos a revelar el nombre, simplemente porque no nos ha autorizado. Bastaría con leer las solapas del ejemplar para sacar una conclusión y achacar el parentesco. Lo que sí lamentamos desde estas líneas, y vaya el rapapolvo contra la animadversión que sentimos por los seudónimos, es que si existen entregas anteriores del mismo autor en cualquier género no sean moneda corriente del público español. Y lo peor: que el autor se condene desde ahora a firmar de esta guisa sucesivas producciones. Aún manteniendo el tono de calidad, el curriculum del escritor estaría incompleto al desgajarse *El diario...* del resto de la producción, lo que ocasionaría un verdadero disgusto a la hora en que el lector interesado deseara situar en ciertas coordenadas narrativas a un autor como de las Carreras (H).

El diario de Bertoldo Braun cuenta las peripecias de un diplomático argentino quien, no sólo denigra la imagen del servicio exterior de su país, sino que puede poner en duda la de todos estos cuerpos en el mundo entero. Y no porque se palpen excesivos puntos de corrupción en el funcionamiento de la institución diplomática, sino que saltan a la vista las debilidades humanas que hasta en el mencionado predio se suceden, emparentándole con las demás del quehacer humano, al que parecían míticamente no pertenecer. Las situaciones plasmadas en la obra son de una riqueza absoluta, pues el autor no ha escatimado medios para situar a cada episodio en el escenario justo, revistiendo a los personajes de la cuota

de legitimación necesaria, para que acción y protagonistas no resulten nunca desfasados. Agil narrador, de las Carreras (H) no perdió detalle alguno y es así como los nombres con que bautiza a los personajes son pasados por escrupulosa criba, en donde factores sociológicos, idiosincráticos y lingüísticos son tenidos en cuenta, para que la calidad no haga agua por ningún sitio. No hay «remate» humorístico propiamente dicho, pues en ninguno de los elementos se advierte tan flaca apoyatura. La obra es un todo armonioso donde incluso un poco de cinismo a modo de agujijón nos es servido, quizás con la intención de que odiemos un poco a Bertoldo Braun para que la complicidad solicitada al lector no desequilibre situaciones que en ningún caso podrían tacharse de truhanes y sí de una encantadora delincuencia. A la que todos aspiraríamos por lo menos una vez en la vida.

Las huellas ajenas

Raúl Hamsa

Edición del autor. Córdoba (Argentina), 1986.

Raúl Hamsa, escritor argentino nacido en la provincia de Santa Fe en 1955, tiene la valentía de presentarse socialmente en el mundo literario con una colección de cuentos editada por él mismo. No le han alcanzado los resuellos para hacerlo con una novela que podría tener alguna oportunidad editorial.

Valentías al margen, los cuentos de Hamsa se mantienen firmes en la cuerda de un realismo que no pretende la explotación de un estilo, aunque sí anuncian elementos en que el autor podrá basar su narrativa en entregas posteriores. Hamsa tiene asimismo una faceta poética, inédita aún, pero que le «traiciona» al trabajar en prosa en claro beneficio del lector. Y si la poesía visita en muchas ocasiones a la temática, seres líricos como la nostalgia no están tampoco ausentes. Nostalgia que no surge al paso con ánimo vindicante, torturador, sino en calidad de masajista del recuerdo, engrasando situaciones que no alcanzan a tener un acomodo definitivo en los compartimientos de la memoria. Tal es así en el relato que abre la antología, «El frasquito de tinta china», donde un dibujante crea personajes y les reinventa hasta el punto que la presencia física de aquéllos se sucede para dar nutrido cuerpo a la historieta. Una nostalgia que no desea tomarse revanchas, pero sí pedir cuentas de un modo desgranado, apasionadamente honesto.

El libro está dividido o mejor, entrelazadas sus partes, con una frase a su vez fraccionada que encabeza los apartados en que el autor ha querido capitular la obra. «En todo amor, bajo la realidad, hay laberintos sin salida»... oración un tanto críptica si se lee de corrido, sin mascar concienzudamente y no extrayendo el jugo que puede albergar cada uno de los conceptos recreados. Amor y realidad todo ello puesto en solfa y en el lienzo a veces ambiguo y casi siempre lacerante que como un puñal nos persigue a cada esquina de la vida. El enfrentamiento crudo y helado con la diosa Verdad no solamente puede ser una eterna espada de Damocles sobre nuestras cabezas, sino la puntilla definitiva que acabe con mucha de la racionalidad que nos intoxica. Juntos, amor y realidad, pueden ser el laberinto que nos conduzca a transitar por huellas ajenas pero a las que indefectiblemente no podemos eludir, pues se nos presentan como más conminatorias que las propias.

El último relato y que es el que da nombre al libro, es la historia de un crimen cometido por un individuo cuya personalidad tiene la fuerza y la desgracia de informar y copar por completo a la de otro. El asesino mata a sus padres, obligando a un segundo a la complicidad. Este no se puede sustraer al carcer por completo de un presupuesto psicológico, vital, que le haga abominar del parricidio, abandonando al culpable e incluso denunciarle a la policía. Pero he aquí que las huellas ajenas, las que ineluctablemente nos topamos en el largo camino de la vida, no le permiten el más mínimo movimiento autónomo. No es el primer caso, y por supuesto no va a ser el último, en que huellas ajenas marquen un destino que, incluso, puedan conducir más allá de la muerte.

Españoladas

José Ricardo Morales

Editorial Fundamentos. Madrid, 1987.

Siempre se ha dicho que la poesía es el pariente pobre de la literatura. Pues bien, a tan ingrata parentela habría que agregar el teatro no estrenado y que se publica con la esperanza de que se lea como si de una novela se tratara y que de ahí, Dios mediante, a alguien se le ocurra ponerla en escena.

Con el desgastado título de *Españoladas* José Ricardo Morales, pretende (y logra) entrar a saco en eternos tópicos de la vida española que por desgastado que esté hablar de ellos no así se ha llegado a una suficiente producción, en ningún género, para la desmitificación definitiva. España, a lo largo de toda su historia, se ha proyectado como el insaciable Saturno que devora sin masticar a lo mejor que ha parido. Parece ser una maldición eterna en la vida de este país, no logrando hallar el remedio que destierre tan ingrato mal. Apenas calmantes.

José Ricardo Morales es un español al que muy bien podría colgarse el sambenito de el último exiliado... claro que es tan larga la fila de últimos exiliados que nunca alcanzarían los cartelitos. Pero en el caso de Morales el exilio escapa a cualquier conside-

ración política, pues él puede entrar y salir de su país cuando le plazca; no sucede así con su obra. Esta continúa en el exilio y ahí estará a no ser que medie el esfuerzo oficial.

«Morales es un joven español radicado en Chile. Tiene verdadera vocación por el teatro y estoy segura de que ha de hacer en él, andando el tiempo, una gran carrera.» Lo anterior lo dijo Margarita Xirgu en 1945, cuando nuestro autor residía en la tierra de Pablo Neruda, llevado de su mano, unos años atrás. La Xirgu se entusiasma con un original de Morales y decide estrenarlo y es así como, *El embustero en su enredo*, ve la luz escénica en el teatro «Avenida» de Buenos Aires en 1945. Desde esa fecha su obra se representa en varios países de América, transcurriendo la vida del autor principalmente en Chile, donde ha sido catedrático de Teoría e Historia del Arte y de la Arquitectura en la Universidad Católica de Chile. Ha sido el primer español en ser miembro de una Academia de la Lengua en tierras americanas.

Las piezas teatrales que incluye el volumen *Españoladas*, recrean una, el inmortal mito de don Juan, y la otra, el de los toros. Don Juan está cansando de serlo y para desprenderse de tan incómoda fama visita a Tirso de Molina en su exilio de Trujillo donde le pide el favor de que le destruya. Tirso y su personaje llegan a un acuerdo por el que el tenorio, disfrazado de morisco, se vengará seduciendo a las mujeres de cristianos pudientes. «Ardor con ardor se apagó», es más que la parodia del famosísimo refrán: es la representación del amor y su vicioso uso emblemático.

«El torero por las astas», un acercamiento más, pero esta vez de un logro prodigioso, a la decidida condena de la llamada «fiesta nacional», vista como el más grande funeral de lo que se ha querido representar como épico de lo español.

La nieve del almirante

Alvaro Mutis

Alianza Editorial. Madrid, 1986.

Alvaro Mutis utiliza la prosa para hacer una filosofía la cual, a su vez, está tejida con un fino hilo poético. Sería arriesgado decir que *La nieve del almirante* es una novela, considerando como a tal la obra que tiene más o menos la estructura entre clásica y tópica de: enunciado, nudo y desenlace. El autor no se propone este ejercicio, ni falta que le hace, ya que desde el principio convence al lector de cuáles son sus objetivos al tomar la pluma y plasmar en el papel una aguda, y hasta amarga, opinión sobre la vida y el sentido que tiene la permanencia en el mundo hasta la llegada de la muerte.

Mutis reta a la cotidianidad, por no decir a la monotonía. Y es que este último aspecto como que está hecho para seres comunes y desprovistos de un verdadero motor de vida interior como Maqrol el Gaviero, héroe de bastante de la obra mutisiana. Lo cotidiano en Mutis es ese febril diálogo entre el hombre y las manifestaciones exteriores —naturaleza y lucha para dominarla— a que lo ha condenado la

Divinidad. El Gaviero no reniega de su destino pero sí se permite el resentimiento y el pesar en la balanza hasta el mínimo desarrollo de vida. Confrontación constante, llegando a desesperar tanta objetividad por parte de una criatura más de la creación. Pueden antojárenos una referencia bíblica, ya forzando la argumentación, en el sentido de presentar al hombre como ese ser superior y no como un vegetal más, espectador impávido, a expensas de que el contorno le alimente y proteja. El hombre, en *La nieve del almirante*, es un ente reflexivo que extracta de la contemplación normas de conducta jamás pergeñadas por religiones y disciplinas parecidas.

En esta novela, Maqrol sigue su interminable viaje por la vida en busca del destino que jamás ha sabido encontrar. La epopeya puede llegar a deprimir, puesto que no se puede admitir que todo en un hombre sean fracasos y pasos torpes. Pero es que Maqrol es un enamorado de la perfección, óptimo estado para el que no halla el molde adecuado. Cualquiera esquema que encuentra empieza a diseccionarlo, hasta la más fotográfica de las analogías para terminar despreciándose a sí mismo como autor de lo que ya considera un despropósito. El Gaviero jamás abandona el puesto encomendado, es decir, la gavia, vela colocada en el mastelero mayor; el símil náutico viene a colación con lo que para el personaje es la vida y su papel ante ella. Y da la casualidad que en *La nieve del almirante*, Maqrol está embarcado en una canoa de río, de los muchos que bajan de las cordilleras colombianas a la selva; viaje que le conduce a un negocio maderero en el que está poco interesado, como desde el principio se convence. Pero el viaje en el río no tiene nada que ver con la auténtica lucha argonautica del Gaviero.

Alvaro Mutis, escritor colombiano, es una de las plumas más interesantes de la literatura hispanoamericana actual. Aunque su entrega ha sido mayoritariamente en poesía, su prosa es fresca y abundante en elementos racionalistas. Sabe contenerse ante la influencia de la lírica y es su narrativa un aliado fiel, otra voz, aunque con distinto tono de un mismo empeño. Brega que se adentra en el campo de la filosofía, ciencia que sabe revestir de aditamentos literarios, haciéndola accesible al lector común.

Cuentos del mundo mestizo

Ramón Rubín

Fondo de Cultura Económica. México, 1985.

La voz es lo más importante en esta colección de narraciones cortas, o cuentos, de Ramón Rubín. Voz en el sentido más oral del término, pues personajes y epopeyas están trayendo a gritos el alma del mundo mestizo, tal y como reza el título de la obra.

No es que se haga afirmación étnica en cuanto a la mezcla de razas de México. Tal aspecto no viene ni siquiera aludido en ninguna de las narraciones y entenderíamos como mestizo al sincretismo que es la base cultural del México de hoy. Maravilloso crisol donde se han fundido a la perfección lo autóctono y lo español ocupando lo religioso un lugar pre-

ponderante. Pero no se crea que en estos cuentos hay apologética de algún credo; lo que ocurre es que en toda manifestación cultural mexicana, su exponente, en este caso un escritor, es fiel pintor del arraigado sentimiento beatífico de su pueblo.

Como en Juan Rulfo, en Rubín la conducción del hilo literario está ceñida a la tierra como tema fundamental en la vida del hombre; éste es a su entorno primero que a sus sentimientos, a los que guarda en segunda pero rápida instancia, para hacerlo unidad sólida que le defiende contra toda adversidad. Acaso en el país de Hispanoamérica donde más se halle el hombre en estrecha relación con el paisaje sea en México y se diría que ha brotado de él como los seres del mundo vegetal y mineral. Empieza a no ser creíble la teoría de que el ser humano no es originario de América y que vino en invasiones mongólicas por el estrecho de Bering. El mexicano ha salido de su geografía con sus dioses y misterios para ponerle nombre a las cosas.

Ramón Rubín recoge a la perfección la psicología de su pueblo y la trae a la literatura dividiéndola en cuentos paradójicos, trágicos, humorísticos y dramáticos, pero en todos ellos vierte lo esencial que en su opinión debe tener el cuento: «debe ser el relato de un episodio incidental organizado de acuerdo con una estructura de corte clásico, con su enunciado, desarrollo y desenlace. El cuento es sólo la recreación de una anécdota que contenga cierta situación paradójica». Y en efecto, los cuentos de Rubín tienen todos estos ingredientes técnicos con los que el autor nos acerca de una forma nítida a la realidad de su pueblo. Se percibe un Ramón Rubín observador, cualidad que sólo la puede tener aquel que viaja, lee y escucha, atesorando con todo ello el caudal magnífico con el que después elabora cualquier manifestación artística.

Sin alejarse del drama, la paradoja y la tragedia, los cuentos de Rubín no resisten a cierta intencionalidad humorística que creo es su objetivo final. No está empeñado en estremecer al lector cuando le anuncia una narración como trágica, ya que los tintes patéticos van siendo aderezados con episodios amables que hacen que el lector se relaje y sonría permanentemente.

A destacar, como un inmenso poema, el cuento «El tropel de la vida», cuyo único personaje es la Naturaleza y en este caso la evolución eruptiva de un volcán y de cómo se transforma la geografía a su alrededor. Cada una de las frases de la narración supera el ejercicio literario en prosa, pasando a convertirse en verso de alta construcción metafórica.

Tejiendo agua

Leopoldo Brizuela

Emecé. Buenos Aires, 1986.

Los personajes de *Tejiendo agua* viven en una especie de submundo para lo que es la presencia novelística en sí. La trama hay que ir la desenterrando poco a poco cuidando que el excesivo detalle y acopio de elementos no distorsione la idea que en al-

gún momento pueda formarse el lector. Se advierte un pulso a todo lo largo de la obra, en la que el autor desarrolla su capacidad de narrador de fondo; pulso que libran acontecimientos y personajes y que al final queda en honrosas tablas ya que ninguno de los dos llega a superar al otro en beneficio del mensaje pretendido. Brizuela logra que las voces expuestas en su novela se sienten en una especie de diván psicoanalítico, donde el médico viene a ser el propio lector quien, a la postre, sale beneficiado de un ejercicio para el que en principio no está, lógicamente, preparado. Pero andando las páginas, conforme escenario y narración se apoderan del alma de la obra, la conexión es total y es cuando los perfiles se solidifican y dejan de ser entidades un tanto gaseosas, suspendidas, en un estadio que no por distante es inferior. Simplemente el autor ha sabido retar nuestra imaginación y, acaso con un poco de riesgo, lo ha conseguido; no obstante que de parte nuestra haya intervenido la paciencia.

Tejiendo agua intenta —y logra— retratar un paisaje inédito de la vida argentina. Estamos acostumbrados al despliegue urbano cuando se habla de literatura rioplatense. Hay que remontarse un poco en las décadas para viajar al interior y saborear epopeyas gauchescas, donde el mestizaje del resto de la nación argentina se desmarque por completo de la europea Buenos Aires. Leopoldo Brizuela ha acertado y con mucha originalidad a cuestras, sitúa la acción de su obra al sur del país, extensiones olvidadas en la vida nacional y ahora puestas en recuperación por la iniciativa del presidente Raúl Alfonsín de trasladar la capital a la ciudad de Viedma. Un pueblo de los mares del Sur muy parecido, a tenor de la descripción, a cualquier aldea irlandesa que le va muy bien a un personaje como Muriel Murdoch. Tanto su psicología como el ambiente que la rodea, le acompañan para que no eche de menos su procedencia y si el resto de protagonistas no aportan idénticas connotaciones idiosincráticas, tampoco escapan demasiado al tipo de seres apegados a determinada geografía donde el frío, la humedad y las nieblas moldean el carácter del hombre. La proclividad de estos seres a la reflexión y a un desenvolvimiento introvertido forma un todo orgánico con el paisaje. Armonía que se acopla al tono del discurso ya que el recreo en posibilidades lingüísticas que pergeña el autor, es el apropiado para que se conviva en un ambiente de puertas para dentro; soledad y aislamiento, las coordenadas amargas en que se mueve un coronel inválido protagonista central de la obra.

Cuentos

Augusto Monterroso

Alianza Editorial. Madrid, 1986.

Augusto Monterroso, autor nacido en Guatemala en 1922 y exiliado en México desde 1944, maneja a la perfección lo que ya se viene manteniendo como líneas maestras del género: brevedad, incidentalidad y que la acción se desencadene prácticamente desde el inicio del tema. Hemingway hablaba de que en el cuento el escritor gana por K.O y en la novela por

puntos. Es decir, que en la narración corta, el autor tiene pocos renglones para hacer que el mensaje llegue al lector y que su trabajo no se transforme en largo y aburrido. Monterroso no logra todo lo anterior sino lo contrario al aburrimiento. Si hay una clave para designar su prosa ésa es la de la amenidad, sin que cobre caracteres cómicos en absoluto que le harían inclinarse hacia el ridículo. El humor de Monterroso es de fina talla, acaso un poco inclinado hacia el conocidísimo británico.

El panorama de personajes es variado, yendo desde los políticos hasta los clérigos, pasando por deportistas e intelectuales. A todos el autor les trata con respeto y accede a su condición con el acercamiento mesurado y correcto de quien primero ha observado detenidamente y después se ha puesto en la improbable tarea de traducirles a coordenadas literarias.

Ni que decir tiene que Monterroso es un conocedor a fondo de su oficio, no sólo por los importantes premios que tiene en su haber, sino que en una entrega de esta colección desmenuza el trabajo del escritor al situar como personaje a un eterno aspirante. «Leopoldo (sus trabajos)», es donde Augusto Monterroso se prodiga con la agilidad de un cirujano para diseccionar lo que en muchos significa la ilusión de querer escribir pero no poder hacerlo por falta de talento o disciplina. Son servidas las peripecias que anteceden al ejercicio literario, desde el punto de vista de formación del escritor, hasta las excusas que saca para aplazar su labor. Monterroso juega con el lenguaje, no en detrimento de lo que quiere demostrar, sino en una clara exhibición de dominio del arte, convenciendo que es capaz de «bucear» en las profundidades del oficio. Si alguna vez en la vida estuvo poco seguro de lo que quería hacer, a lo mejor fueron esas cavilaciones la materia primera con que está elaborado este cuento.

Los demás son fruto del rico universo narrativo de Monterroso y la capacidad para captar todo lo que ocurre a su alrededor y convertirlo en literatura. De una de sus obras dijo García Márquez que había que leerla manos arriba... hay algunas más que habría que leer desde esta postura. No se sabe cuándo y de qué forma, Monterroso nos sorprenderá, justificando al instante, que cada elemento traído a colación está en el lugar que él le ha señalado como propio. La gratuidad y la chapuza son desgracias desconocidas en su obra.

Los ojos del diablo

Jorge Andrade

Muchnik Editores. Barcelona, 1986.

La soledad es la compañera de aquellos seres que por cualquier vicisitud se ven privados de otro aliento humano. Es cuando este ingrato elemento cobra corporeidad y se instala de manera permanente en la vida del hombre. Hay modos de combatirla y hasta se podría decir que el trazado de un sistema es ya una escuela para la plena asunción de la soledad. Pero con el tiempo la lucha se torna en placentera y cuando surge la tan esperada compañía, el solitario anhela

cuando con su ser peleaba; está ya entablada la quimera, pues el ser solo es una especie de extraña bacteria que incluso llega a ser rechazado por el cuerpo social que habita, como la consabida leyenda de la oca que se queda sin pareja y a quien su comunidad repudia.

Reza la contraportada de *Los ojos del diablo* que la novela de Jorge Andrade es la historia de una seducción que nunca llega a consumarse. A la larga el lector comprenderá por qué es así. Y digo comprenderá, pues la obra es todo un ejercicio de interpretación de situaciones localizadas en diferentes dimensiones de lo real y lo mágico. Los dos protagonistas, Amadeo y Eleonora, son asiduos clientes de una terraza. Alrededor del café o la cerveza que cada uno consume en mesas distintas, se va gestando una aproximación que logra materializarse en lo imaginario. Las conclusiones del irreal noviazgo son servidas a poco del comienzo de la narración para después ir desgranando pasajes en que los personajes son retratados con fidelidad y es aquí donde la obra gana en calidad artística. Creo que si el autor se hubiera atenido a que su novela hubiese sido llevada por un solo personaje, la trama no correría el peligro de densidad en que en ocasiones cae. Pero al trasladar intermitentemente la acción de un ritmo a otro y al barajar dimensiones tanto en el tiempo como en el espacio, ciertos aspectos que se están deseando tengan un desenlace se esfuman, para que el pasaje a continuación sea leído como de mero trámite, en espera que en uno más afortunado se nos entregue aquello que páginas atrás se nos hurtó.

Amadeo, en su afán de conquistar a Eleonora, busca la sabia asesoría de unas gentes que componen una heterogénea familia; M. Anatole, negociante de to-

das las cosas de la vida y de la muerte; Remigio-no, enano atípico (como él mismo se define al hacer una genial clasificación de los enanos) que hace de lugarteniente del anterior; y Celestina, nombre que ya delata su oficio y a quien todos veneran y llaman la madre. Los consejos de esta última no difieren mucho de las tópicas artimañas para la conquista de mujeres que, no obstante, Amadeo toma, recicla y hasta saca provecho de ellos.

Lo interesante de esta casa son los personajes que la habitan y es cuando da lástima que no sean ellos los conductores de la obra dada la filosofía con que están contruidos. Se echan de menos cuando el protagonismo es ocupado por la familia de Amadeo, cuyas vidas nada de genial aportan y sí llegan a cansar. Es aquí donde la novela flaquea; no sólo por lo de poco interesante que se aporta en estos estrictos pasajes, sino porque los usos del lenguaje no están nada justificados. Jorge Andrade es argentino y residente en España. Como ya va siendo usual en los escritores latinoamericanos que viven aquí, su literatura se nutre del ambiente y es así como sus personajes conjugan la segunda persona del plural: vosotros... Así, la familia en cuestión a veces se trata de tú, de vos, etcétera, en un escenario que nunca acabamos de identificar como español o argentino.

Los ojos del diablo mereció el premio Benito Pérez Galdós del Cabildo Insular de Gran Canaria en 1986. Amadeo ve los ojos del diablo en interregnos a que magistralmente llega la narración, recurso que subsana los desajustes en que accidentalmente cae la novela.

Miguel Manrique

Preguntas al azar

Mario Benedetti

Madrid, Visor Libros, 1986.

Ochenta poemas y canciones constituyen este último libro de Benedetti. El volumen incluye, asimismo, varias letras de canciones que integran el actual repertorio de Nacha Guevara y el de Joan Manuel Serrat, respectivamente.

Un hilo común agrupa este poemario y es el proceso del reencuentro con el país de origen. Pasado, presente y futuro confluyen en el momento poético. El libro se abre con una primera parte, «Expectativas», donde el poeta se prepara para iniciar el viaje de regreso: «Hallaré a tantos / como se proponga / la piel de mis quimeras».

A su llegada en «Rescates» el poeta recoge pedazos de realidad que trata de integrar a la totalidad de su ser: «Lo reconstruyo todo signo a signo / Y así

me reconozco todavía / en estas calles que caminan lentas / por el otoño tantas veces dicho». Los cuadros, los almanaques, las viejas cortinas, los cristales, los muebles cubiertos de polvo forman parte de una cotidianeidad recobrada que se renueva en la magia de la poesía.

Los sillones vacíos que recuerdan las ausencias y el espejo que encierra misteriosos secretos son elementos con los que el poeta saborea las claves del regreso. En «País después» el espejo devuelve la imagen que tenemos de nosotros mismos: «Tu espejo es un sagaz / Te sabe poro a poro / te desarrepla el ceño / te bien quiere». Quien regresa se siente huésped de sí mismo, se entrega a la ensoñación y al despertar, todo se renueva a su ojos. En «La vida ese paréntesis» el poeta designa las cosas como si al hacerlo les diera por primera vez un nombre. Ulises vuelve a su Itaca natal y se reconoce en los otros: «Esta es mi casa / No cabe la menor duda / aquí revivo

«aquí sucedo / esta es mi casa detenida / en un capítulo del tiempo». Y en ese retorno jubiloso el poeta reinicia su ciclo vital, diciéndole «chau» al pesimismo.

De Pe a Pa (o de Pekín a París)

Luisa Futoransky

Barcelona, Editorial Anagrama, 1986.

El héroe novelesco de comienzos del siglo irrumpe en la ciudad, escenario de sus sueños y de sus fracasos. Así, en la profunda trivialidad de un Leopold Bloom está la ciudad de Dublín. Están también el laberíntico Dédalus y los instintivos impulsos de Molly. Se trata de una ciudad que pertenece a sus héroes y que, de alguna forma, los explica puesto que ella misma es su reflejo, en la medida en que está hecha a su imagen y semejanza.

No obstante, el París que ilustra Luisa Futoransky no pertenece ni al personaje ni mucho menos a la autora, quien ya ha escrito varios libros de poemas y otros textos narrativos, *Son cuentos chinos* y *De Pe a Pa*, este último finalista en el premio Herralde de novela. En este caso se trata de una ciudad que rechazó al extranjero, obstaculizando sus tentativas de echar raíces y de integrarse a la comunidad de los hombres, sin que su condición tercermundista se mire con menosprecio.

Evidentemente, se respiran el desarraigo y la soledad. Nada extraordinario sucede a Luisa Kaplansky, esta especie de antihéroe con faldas. La historia se inicia con la llegada al París de los sueños, curioso espacio de la geografía de donde —se dice a los niños— vienen los bebés. La protagonista busca casa, amigos y trabajo, en definitiva, un espacio donde realizar sus sueños. Es muy poco lo que posee Laura, mujer nada agraciada, cuarentona, gorda y, para colmo de males, con pretensiones de escritora. Sólo le quedan el recuerdo de dos abortos y la ausencia de dos amores inaprehensibles, además de unas frágiles relaciones con escritores e intelectuales latinoamericanos. Tampoco sucede nada extraordinario con la aparición de este libro que se suma al conjunto de obras cuyo tema es el exilio latinoamericano en Europa. Aparte de unos ingeniosos juegos de palabras y de ciertos chispazos de buen humor, la novela no deja de ser más que una trivial evocación de las grandezas y miserias de cualquier latinoamericano en París.

Como una brisa triste

Eugenio Suárez Galbán

Madrid, Editorial Fundamentos, 1986.

La diversidad de temas, ambientes y épocas es la característica fundamental de estos nueve relatos. El autor evoca la guerra civil, escenario de la muerte del poeta Lorca, hasta la ciudad de Nueva York donde caen los exiliados cubanos, contrarios a la revolución. Canarias, Granada, La Habana, Madrid o Vietnam son sitios donde transcurren las vidas de los personajes.

En «Canción de las siete islas» es María de Mayo, una prostituta, quien nos conduce por los caminos de su memoria, entrelazando unos hechos con otros hasta armar su propia historia. Una mujer abandonada por el amado que lleva en sus entrañas el recuerdo de su hijo muerto. El fantasma del hombre que jamás regresó la perseguirá a lo largo de su amarga existencia. El relato nos lleva hasta la trágica evidencia de un cuerpo que envejece irremediabilmente.

En «La gran bronca paya» son los gitanos quienes cuentan sus miserias en un mundo que no acabará de aceptarlos. El Madrid de los años setenta es el lugar donde se desenvuelven los personajes de «Una Vaguada para el Guru». En el barrio El Pilar un grupo de jóvenes se ve aplastado por la realidad de una ciudad que al crecer destruye parte de sus ilusiones y de su razón de ser. Suárez Galbán recoge aquí interesantes aspectos del habla popular a través de los cuales se reflejan las costumbres de un grupo social de extracción provinciana que trata de integrarse a la nueva forma de vida que se le ofrece.

Finalmente, en «Siguiendo la huella de William» apreciamos los pormenores de la revolución cubana en la figura de Fuenteventura Rodríguez, un boxeador sin ninguna ideología definida que acaba siendo utilizado por los enemigos del nuevo orden: a su alrededor pulula la mafia del boxeo para la que los hombres no son más que una fuente de riqueza. En un estilo lírico, por así decirlo, el autor presenta unas historias donde hombres y mujeres dejan pasar su frágil existencia.

Los rezagados

Ramón Rubín

México, Editorial Diana, 1983.

En este libro de relatos se nos revela la bondad, la ternura, la ingenuidad y la magia de los sentimientos indígenas. En las narraciones de Rubín se pueden apreciar la fuerza y la riqueza del origen del campesino que tiene su propia visión del mundo y su particular filosofía de la vida.

La presencia de la muerte ronda en «Los dos que- renes» donde el más allá es el espacio en el que no faltarán «... el frijol, el maíz, las coles y el “pozol”...» elementos básicos en la cultura indígena. Como el mito, las historias de Rubín relatan acontecimientos acaecidos por primera vez y esto nos permite encontrarnos y reencontrarnos en cada una de sus palabras. En «Flor de Péchica» Pargo Renchido vive con agobio el deseo de poseer a la mujer de su hermano que a sus ojos se presenta más seductora, en tanto más ajena, y enardecido por los apremios de la posesión, desgarró sus vestiduras y la hace suya en un extraño ritual que resulta bárbaro y escandaloso a quien desconoce los tormentos de su pasión.

«La caja mágica» nos presenta la historia de venganzas y asesinatos absurdos. No obstante, hay tanta ternura en el tratamiento del tema que no podemos sentir por el personaje otra cosa distinta del afecto. El indio José Gaspar acaba su existencia en un dulce y melancólico cautiverio, fascinado por las mágicas

melodías que salen de un rústico y precario aparato de radio.

La necesidad de afirmarse en sus ancestros indígenas lleva a Flor Martínez Caminante, en «Imposible retorno», a convivir con sus hermanos tzeltales, aunque su cultura le resulte algunas veces extraña. Sin poderse integrar tampoco en la comunidad de los «ladinos», Flor, la hija de un caminante, cuya identidad desconoce, contrae nupcias con un indígena a quien no ama.

Con *Los rezagados* se nos despierta la capacidad de asombro y de fascinación al descubrir el universo que nos presenta este escritor mexicano.

Prosas apátridas

Julio Ramón Ribeyro

Barcelona, Tusquets Editores, 1986.

Si para el autor de *Prosas apátridas*, vivir no es más que enfrentarse a un juego cuyas reglas se le escapan, su obra es, en consecuencia, un intento por descifrar el acertijo que rige las acciones de los hombres. Ribeyro quiere abarcarlo todo acerca del ser humano: la amistad, el amor, la muerte, la infancia, la cultura, la vida cotidiana, los libros, los vicios y las virtudes, los sueños y las frustraciones de sus contemporáneos.

Ciudadano del mundo, este escritor peruano nos recuerda a algunos escritores y filósofos decimonónicos, no sólo por su lenguaje, sino también por el tratamiento de los temas. Los aforismos de Nietzsche o la deliciosa prosa de Gómez Carrillo parecen conformar la atmósfera de estas prosas: «Mientras más conozco a las mujeres, más me asombran. Si no se produce alguna mutación en el género humano, estos hombrecillos que entre las piernas, en lugar de nuestro colgajo tienen un surco, un estuche, seguirán siendo enigmáticos, caprichosos, tontos, geniales, ridículos, en fin, para decirlo en una palabra, maravillosos».

En estos apuntes sueltos, que también podrían ser un diario íntimo, se va perfilando la imagen de un escritor y la esencia de una experiencia literaria que encuentra en la reflexión una forma de expresión: «entrar en una librería es pavoroso y paralizante para cualquier escritor, es como la antesala del olvido...» Tales definiciones no dejan de sorprendernos y de deleitarnos en algunas ocasiones; «la locura en muchos casos no consiste en carecer de la razón, sino en querer llevar la razón que uno tiene hasta sus últimas consecuencias».

Desde la ventana del universo, Ribeyro parece observar con curiosidad científica el espectáculo de la vida, la muerte, el placer, el dolor, la felicidad o la desgracia. Sus asombrados ojos quieren aprehender esa infinita representación que es la existencia humana.

La casa del tiempo

Salvador Garmendia

Madrid, Editorial Montaña Mágica, 1986.

Este último libro de cuentos de Salvador Garmendia constituye una verdadera poética del espacio, en tanto ilustra, a través de las distintas casas, universos cargados de recuerdos en los que transcurre la intimidad de los personajes. Los valores de estas realidades se ven superados por la imaginación. Así ocurre en el misterioso laboratorio donde el tío juega a ser perfumista en «Tío Lencho». En el mismo lugar encontramos el taller de costura de la madre, visto a través de un agujero que ofrece a la mente infantil la posibilidad de abandonarse al ensueño.

Las casas de estos cuentos se viven en su virtualidad con el pensamiento, con los sueños y con el recuerdo. En «La vida de Bartola» los rincones, los cuartos y los corredores están marcados por su presencia o su ausencia y en «Claudina pone oficio» nos encontramos con un personaje que desde la puerta de su casa ausculta el panorama de su cueva interior, esperando la llegada de la noche. Los pasillos han sido repetidos por sus pies que infinidad de veces siguen las huellas de la memoria.

Pensiones atendidas por viejas solteras son también escenario de vidas que se apagan, dejando el rastro de su sombra. En «La casa del tiempo» el personaje reconstruye la rota geometría de una casa derruida. Camina por entre los escombros, armando sus recuerdos, recogiendo pedazos de paredes que alguna vez albergaron secretos y una especie de atracción de imágenes se concentra en torno a la representación de lo que alguna vez fue una casa.

El autor dibuja espacios, señalando aspectos pintorescos, además de variadas formas de habitar o de enraizarse día a día en un rincón del mundo. Los cuartos, los rincones, los sótanos o los refugios guardan valores de un rico y desbordante onirismo. El pasado surge de los escombros de *La casa del tiempo* y su recuerdo permite evocar fulgores de ensoñación que iluminan la síntesis de lo inmemorial.

Año nuevo en Nueva York

Enrique Medina

Buenos Aires, Milton Editores, 1986.

Nueva York, la Meca de artistas e intelectuales, es el escenario donde se desenvuelven los personajes de esta novela. Ella, una estriptisera y él, un pintor latinoamericano, se dejan llevar por el influjo que sobre los dos ejerce la ciudad. Nada sabemos de las luchas de este pintor por abrirse camino en un país donde tanto cuentan el éxito y el prestigio. Allí todo se compra y todo se vende.

El protagonista se desplaza por los subterráneos en los que se vende sexo hasta por un dólar. Su apetito insaciable parece no estar jamás satisfecho. Los cines porno, los cabarets, los bajos del Bronx y el *Harmony Burlesk* —lugar donde conoce a la estriptisera— son sitios donde oficinistas, obreros jubilados y vagos solitarios van en busca del placer.

En esta desbordante ciudad el amor pasa fugazmente, sin dejar espacio al recuerdo o a la nostalgia. Allí tampoco cuentan los nombres de los personajes, sus logros o sus fracasos. El sexo parece ser el nexo de unión entre los hombres. Un sexo frágil que se puede comprar y desechar más tarde. No hay comunicación y por lo tanto poco sabemos de la gente.

Medina es monotemático en materia de sexo y llega a saturarnos en su búsqueda constante de goces de la carne. La novela no alcanza a imprimir verosimilitud al protagonista. La presencia de la ciudad parece dominar la atmósfera de la historia. Nueva York, ciudad que sólo vive para el presente, es la protagonista. El personaje se pierde entre sus calles, junto con los borrachos que siguen el compás marcado por la ciudad mítica. A un lado se levanta imponente Manhattan con los edificios de cristal y a los pies fluye el río Hudson, el único que se resiste al paso del tiempo.

El buen mundar

Carlos Germán Belli

Madrid, Ediciones Tapir, 1986.

La presencia de la Naturaleza es la característica de estos poemas que no dejan de recordarnos la atmósfera del romancero español. El poeta parte de la tierra como materia y fundamento hasta llegar al sentimiento. En «Del lecho botánico al lecho humano» el mundo es concebido como una hermosa huerta y a cada ser se equipara una planta: «Esta noche dispone el hortelano / que en el lecho botánico se enlacen / de arriba abajo escrupulosamente / como una sola planta que florece».

El amor parece estar sujeto a ajenos designios. No obstante guarda dentro de sí una fortaleza que le permite sobrevivir: «A la par velozmente en un instante / lejos dejan el reino original, / y ya no serán dos marchitas plantas, / pues por amor los pétalos y ramas / principian a ser brazos que se ciñen / por encima de mares y montañas».

En «Las migajas del rey sumerio» se mantiene la misma línea. Se canta a lo terrígeno, al trigo que se convierte en pan, alimento de los hombres. La tierra como fuente de vida. El poeta se muestra sorprendido ante la perfección de la Naturaleza. Su canto cobra acentos religiosos: «Que ni un instante vuelva atrás la vida, / ni menos tú, Canción mía, otra vez / clamando por los restos; / y aunque muy tarde los

devore hambriento, / temprano yo diviso / ahora el Edén al comer por fin / migajuela de migajuela. Amén».

El poeta hace de elementos sencillos la materia de sus versos. La rosa, el olmo, el viento o el lecho de hojarasca conforman su canto. Del mismo modo, el trigo que al convertirse en blanca harina es amasado y sale del horno transformado en el crujiente pan cuyas solas migajas son motivo de felicidad.

Reino sentimental

Luis O. Tedesco

Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1986.

Este último libro de poemas de Tedesco gita en torno a la mujer cuya presencia alimenta el amor. Se trata de un sentimiento momentáneo e intermitente. El recuerdo de Noemí en «Relato sobre Noemí» permite armar una historia de amor y de muerte: «Noemí es el tema, la imagen escrita, / el descanso ritual de sus ojeras / en el quebrado suspiro del poema».

El poeta quiere recuperar la imagen de la mujer aunque es plenamente consciente de que «... el amor sucede siempre en otro tiempo». La evocación del pasado guarda una amarga desesperación: «Te tocan mis manos, te abriga el papel, / toda tu saliva lava el lejano / temblor que penetra... Noemí: / en el cuidado romance de la muerte / tuya es mi sílaba, mi parodia, mi regreso».

En «Vida en común» continúa cantando al amor pero alimentándolo de un erotismo que parece agonizar en la cotidianidad: «Tu amor y mi amor / con zapatillas de entrecasa / trotando en la luz, buscando comida». La ternura que acompaña a estos versos renueva permanentemente el amor: «La pura ternura / del té, el primoroso / rubor de luz sobre la seda».

Luis Tedesco descubre la poesía en los elementos que conforman el diario ritual del existir: «La cocina blanca, el comedor marrón, / las sábanas trazando el infinito / bosque sensual, el paseo imprescindible», apuntando hacia lo cósmico en un intento por romper la monotonía de las horas muertas. Lo cotidiano y lo cósmico se entrelazan en estos poemas: «Humo pegajoso del deseo, / línea gris de tu sencillo / batón de tierra cruda, / en los que aflora la ternura».

Consuelo Triviño.

Las culturas populares en el capitalismo

Néstor García Canclini

Ed. Nueva Imagen. México, 1984 (2.ª ed.)

En este ensayo, el autor elabora su estrategia analítica de las fiestas tarascas, en Michoacán, México, a partir del estudio de campo practicado entre 1977 y 1980. Desde una perspectiva antropológica y so-

ciológica fundamentalmente, pero que también se nutre de reflexiones filosóficas y políticas sobre la cultura, aborda el examen de los condicionamientos que la enmarcan como su carácter de instrumento reproductor de relaciones sociales objetivas.

Tiene particular interés el repaso inicial a las diferentes conceptualizaciones antropológicas respecto de la cultura, «resultado paradójico de la expansión im-

perial de Occidente», descubiertas por los antropólogos, descentradas de las suyas propias. Las valorizaciones de los primitivos, originadoras del relativismo cultural que quiso reconocer la dignidad de los excluidos, el reconocimiento de los antropólogos ingleses —Malinovsky, Radcliffe-Brown, Pritchard, los diversos criterios elaborados por una larga serie que pasa por Ruth Benedict y Melville Herkovits y llega a Levi Strauss. La transnacionalización de la cultura, consecuencia de la del capital, sitúa a las culturas tradicionales o populares en el campo homogeneizador que las absorbe y remodela. Los sistemas simbólicos, las diferentes representaciones de las culturas subalternas, se interpenetran con los de las hegemónicas. Los zapotecos de Oaxaca tejen sarapes con imágenes de Klee y de Picasso, las artesanías conviven con los productos industriales en los mercados, el rock penetra en las fiestas campesinas, etc., evidenciando la existencia de formas mixtas de representación y de organización de los espacios.

Las artesanías, equivocadas de siglo, persisten como formas atrasadas de producción en países, como México, de modernización tardía. Para García Canclini, su subsistencia y crecimiento obedece a la funcionalidad de su producción en la actual etapa de expansión del capitalismo. Paliativos de la deficiencia de la estructura agraria, solucionan el problema ocupacional del campesinado empobrecido. Objetos «exóticos» que testimonian el viaje al extranjero y afirman el status social de los compradores, requeridos por el turista fascinado por lo rústico y lo «natural», los «museos vivientes» que constituyen los pueblos arcaicos.

Esta situación, fruto de la *descontextualización* y *resignificación* que la cultura hegemónica practica sobre las subalternas, no puede modificarse sino con una política cultural que surja de una posición y una acción reorientadora de la interpretación del arte popular. Romper o abolir la distinción entre arte y kitsch, los criterios prepotentes de las historias del arte, abrirlas a la consideración crítica, se presenta como una necesidad no sólo importante, sino urgente. Estas propuestas son, entre otras, las que García Canclini ofrece en este importante ensayo que alberga una nueva concepción antropológica de lo social, di-

rigido a preservar las culturas populares mediante el análisis de su situación en el capitalismo.

Bolero de caballería

Pedro Shimose

Editorial Playor. Madrid, 1985

Como en sus libros anteriores, en *Bolero de caballería*, el autor une la protesta por las situaciones sociales injustas, resultado de la secular postergación y expolio sufridos por el pueblo boliviano, al registro de la deshumanización de la cultura que caracteriza a nuestra época. En verdad, esa unión es pertinente: males del siglo, en el cual los nuevos se sobreponen a los de antigua data.

De estos poemas cuya formulación es francamente sobria, despojada, de lenguaje austero y expresión medida, surge el rostro del hambre, de la explotación, la historia del despojo y la brutalidad, la miseria, los tanques, el horror de la guerra permanente.

La experiencia del exilio, doble por cuanto se reconoce en ellos la persistencia de un pasado mítico abolido por la historia, la palabra quiere erguirse para luchar contra la muerte. La palabra es buena y «se resiste / a morir entre papeles». La expulsión de la patria aparece irreversible y surge entonces el espacio de la evocación y el deseo. La memoria parece transcurrir como en una noche prolongada, a veces casi reducida a la solidez y a la soledad de la piedra. Transcurre entre sueños, en monólogos en los cuales casi se adivinan viejas costumbres, signos de la identidad resistentes en la marea de las múltiples carencias.

La poesía es así un tránsito peculiar, un río heracliteano donde no pocas veces la realidad del presente recalca en la banalidad de la frase hecha, sombras de viejos sueños, o fingidos deseos, junto al profundo de querer alcanzar lo que está ausente. Ámbito elemental, íntimo, ella no quiere confinarse narcisísticamente. Distante de la grandilocuencia y el énfasis, se inscribe como repliegue pronto a dejar de serlo, propio de la conciencia crítica, alerta.

Enriqueta Morillas

Oldsmobile 1962

Ana Basualdo

Tusquets. Barcelona, 1987

Tras largos años de periodismo en Buenos Aires y Barcelona, Basualdo, autora de una exhaustiva monografía sobre Julio Romero de Torres, presenta su primer libro de relatos. Nada parece indicarlo, quiero decir que nada señala la habitual inseguridad del escritor bisoño, que se atrinchera en jergas, análisis freudianos o sociológicos, estridencias populistas, novelías negras desteñidas a gris.

El libro comprende cinco relatos cuyo fondo referencial común es una atmósfera sutilmente indicada, por medio de selecciones y supresiones oportunas de datos narrativos, que parece, a su vez, aludir a una sociedad inmóvil y decadente, generadora de manías vinculadas a lugares y a cosas que simulan servir a los hombres y, en cambio, los tiranizan.

La adolescencia, tiempo vital en que se imaginan las grandes decisiones, es el punto de encuentro de estos relatos, como para enfatizar que se está en un medio en que la decisión se posterga con terror o resulta inútil.

La familia, que protege, vigila y reprime, que establece premios y castigos ejemplares, es la estructura en que viven los personajes de Basualdo. Pero hay un mundo que escapa al caserón ruinoso, suerte de castillo encantado y prisión siniestra: es el mundo de las siestas de verano, las promesas incumplidas de un paisaje brillante y orgiástico que diseña el deseo. En esta tensión entre lo aceptado y lo ignorado, entre la casa y la intemperie, se inscriben las vidas, fugaces en su impresionismo preciso, de los personajes de *Oldsmobile 1962*.

La prima carnal

Santiago Sylvester

Anagrama. Barcelona, 1986, 142 páginas

Tras una larga carrera de poeta, el salteño Sylvester (1942) presenta su primera colección de relatos. El lector podrá ejercer el habitual temor que suscitan los poetas metidos a narradores. En este caso, se le disipará con rapidez. No hay aquí excesos coquetos de lenguaje ni vaguedades líricas, mortíferas en un género como el cuento, hecho de palabras imprescindibles. Ya en la última poesía de Sylvester (*Escenarios, Perro de laboratorio*) se advierte esta llamada de la narración escueta y certera.

De otro lado, estos cuentos certifican la noción posmoderna de que los «grandes relatos» de nuestra civilización han caducado y que toda épica es imposible en la vida cotidiana de la gran ciudad. La vida «novelesca» se reduce a una vana promesa de aventura hecha por los libros a los hombres, que la vida no corrobora y que los libros, al fin del ejercicio, describen como una sistemática decepción.

Estas historias de epopeyas truncas, a veces paródicamente ironizadas, son como puentes provisórios sobre un terreno pantanoso, en que los personajes y la narración dan pasos en falso, trastabillan y se hunden, hasta conformar una «narración segunda» en que se instala el hecho finalmente narrado. Este *narrar del narrar* vuelve a señalarlos los espacios de la posmodernidad.

Sylvester sirve a sus fábulas con una prosa en que se advierte el antiguo comercio del poeta con la palabra. Como en un poema, el vocabulario está elegido con estrictez, manejado con socarronería aforística, a veces cargado de pequeñas sorpresas semánticas. «Las cosas no son lo que parecen, mucho menos lo que son» puede ser la declaración doctrinaria que funda esta narrativa, según el dicho de un personaje.

In your blossoming Flower-Garden. Rabindranath Tagore and Victoria Ocampo

Ketaki Kushari Dyson

Sahitya Akademi. New Delhi, 1988,
477 páginas y 33 ilustraciones

En 1924, camino al Perú (al cual nunca llegaría), Tagore recaló en Buenos Aires, donde conoció personalmente a la Ocampo, su devota y antigua lectora en las traducciones de André Gide. Desde entonces, la relación entre ambos fue muy intensa y de múlti-

ple simbología. Tagore era una suerte de padre lejano y entrañable, un amante platónico (en el mejor sentido de la palabra: el que lleva del amor al saber), la tentación oriental para la culta escritora argentina desazonada de una civilización refinada y exhausta.

Dyson ha reconstruido minuciosamente esta relación, buceando en documentos, cartas y archivos, entrevistando a cuanta persona pudiera dar noticia del vínculo Ocampo-Tagore, sobre todo a partir de Leonard Elmhirst, secretario inglés de Tagore y uno de los fundadores de la escuela de Santiniketán, centro de trabajo y magisterio del escritor bengalí.

Redactado con pulso narrativo y aun novelístico, el libro es, sin embargo, rigurosamente documental y se convertirá, sin duda, en un hito bibliográfico para el estudio de ambas personalidades.

Novena y décima poesía vertical

Roberto Juarroz

Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1987, 142 pp.

A lo largo de estas entregas (con ellas llegamos a la décima), Juarroz ha sostenido un riguroso combate con el ángel de la poesía, cuya cifra podían ser estos versos: «Somos el borrador de un texto / que nunca será pasado en limpio».

En efecto, la poesía de Juarroz es un ejercicio de revelación, de alzado de velos, de desplazamiento de sutiles capas lumínicas, que resulta guiado por un afán de verdad y de traslucidez, a sabiendas de que la doble materia, la reflexión sobre las cosas y del lenguaje sobre sí mismo, es de una insuperable opacidad.

En este doble juego de intelección y desazón, se inscribe un elegante desasosiego metafísico, volcado en un lenguaje reticente y estricto, ajeno a toda moda y vigente en un tiempo siempre despegado de las actualidades.

Poesía de escasos prójimos en nuestro idioma, invoca, si acaso, a los ejemplos mayores (Eliot, Rilke, Jorge Guillén) intentando completar la parca familia de los poetas conceptuales en castellano.

Proyección en 8 mm y blanco y negro, durante una reunión de familia, un sábado a la tarde

Jorge Andrade

Muchnick. Barcelona, 1987, 375 pp.

La obra del argentino Andrade, iniciada en su país natal con *Signos*, se retoma, ahora en España, lugar de emigración, con *Los ojos del diablo* (Premio Pérez Galdós, 1986) y el presente libro.

El texto evoca una precisa época de la historia argentina, la década de 1940, en la cual se van recibiendo los ecos de la guerra mundial y se estructura el proceso social y político del peronismo. La óptica elegida por Andrade es la adolescencia, de modo que los puntos de vista sean llevados por la curiosidad y la no inclusión, dos notas características de la edad

conflictiva e iniciática de la vida. Un hogar de clase media, con vaga instrucción liberal, es sorprendido por una correntada de alteraciones en el entorno, que agitan sus aguas y siembran la zozobra, todo con sabor a naufragio.

Andrade se afirma en una minuciosa documentación e intenta valerse de las grandes formas (el llamado «fresco de época»), a la vez que, con tales medios, evita el peligro de apasionamiento y parcialismo que conlleva todo examen de la historia cercana.

Cantango por dentro

Julio de la Vega

Sierpe. La Paz, 1986, 236 pp.

Nacido en 1924, Vega, boliviano de Santa Cruz, tiene una obra que cubre diversos géneros: la poesía (*Amplificación temática, Temporada de líquenes, Poemario de exaltaciones*), el teatro (*El sacrificio, Se acabó la diversión*) y la novela (*Matías, el apóstol suplente, Una vida*), a la vez que ejerce la cátedra y la crítica de arte, cine y libros.

La presente novela es un buceo en la experiencia vital de unos personajes en cuya educación sentimental ha intervenido, como en varias generaciones de sudamericanos, el tango. Sus modelos de conducta, sus paradigmas de amor, sus reflexiones sobre la vida, sus promesas diseminadas por los caminos del mundo, aseguran al tiempo que engañan a los que «cantangan por dentro», según explica el título.

Castigo divino

Sergio Ramírez

Mondadori. Madrid, 1988, 456 pp.

A través de un caso documental tomado de la historia criminal nicaragüense, y del film homónimo, estrenado en 1932, Ramírez traza un vasto cuadro de la sociedad de su país durante uno de los períodos del nepotismo dictatorial de los Somoza. Para ello, se vale de la «cita»; entrecomillada si se quiere, de lenguajes tópicos y disimuladores, retóricas fuertemente convencionalizadas, a través de las cuales una sociedad se persuade y se miente: cartas de amor, guiones de cine y de radio, infolios judiciales, discursos políticos y politiqueros de politicantes y politicastros, anuncios de publicidad, etc.

Una historia de envenenadores, contada en clave de folletín judicial, con algo de romance de ciego y mucho de novela policiaca negra de la década del 30 (pensemos en Hammett por arriba y en Wallace por debajo), sirve a Ramírez para armar un complejo tinglado con la Nicaragua de aquellos años, suerte de sangrienta ilustración real y palpable de las truculencias inventadas por la literatura y el cine de acción de esos días.

Poeti del Guatemala (1954-1986)

Studio introduttivo di Dante Liano,

traduzioni di Alfonso d'Agostino

Bulzoni. Roma, 1988, 179 pp.

La poesía suele ser, en nuestros países, un género más o menos inédito. Este carácter constante y anó-

malo se acentúa si el lugar de origen del poeta es una de las tierras «menores» o «pobres» del continente. Huelga decir que Guatemala goza de este duro privilegio, a pesar de haber producido notables poetas, como algunos de los incluidos en esta antología bilingüe.

Cabe agradecer a los autores su rastreo minucioso y de elevada utilidad, y a los editores romanos Bulzoni, su constante preocupación por el hispanismo, tanto peninsular como americano.

Aparecen en la muestra: Luis Alfredo Arango, Julio Fausto Aguilera, José Luis Villatoro, Roberto Obregón, Francisco Morales Santos, Antonio Brañas, Otto René Castillo, Manuel José Arce, Carlos Zipfel y García, Marco Antonio Flores, Luis de Lion, Luis Eduardo Rivera, Enrique Noriega, Otto Martín, Adolfo Méndez Vives, Francisco Nájera, Ana María Rodas, Delia Quiñónez, Luz Méndez de la Vega, Margarita Carrera, Isabel de los Angeles Ruano, Alai-de Foppa y Carmen Matute.

Grandeza mexicana

Bernardo de Balbuena

Edición crítica de José Carlos González Boixo, Bulzoni. Roma, 1988, 126 pp.

A principios del XVII (1604, con precisión) e instalándose con pie firme y acento peculiar el barroco en la Nueva España, inicia Balbuena, con este largo y curioso poema descriptivo, el mito de la gran ciudad de México (entonces y ahora, una de las mayores del planeta), su individualidad, su casticismo y su narcisista proclamación de méritos. Mezcla de culteranismo con citas clásicas, de empirismo pintoresquista, de abigarrado elenco barroco de cosas nuevas y curiosas, el poema es una pieza de doble valor: como ejemplo extremo de una estética y como documento a tener en cuenta para la intrahistoria de México.

González Boixo, profesor de la universidad de León y especialista acreditado en literatura mejicana (valga recordar su libro sobre Rulfo y su edición crítica de *Pedro Páramo*), se adentra en la selva barroca y americana de Balbuena y ofrece un vocabulario, una noticia biográfica del autor, una descripción del poema incluido y una bibliografía especializada.

Antología de la poesía española

e hispanoamericana, Primera parte, 2: Desde el modernismo hasta la guerra civil

José María Valverde-Dámaso Santos

Anthropos. Barcelona, 1988, 533 pp.

El presente es el segundo volumen de una obra en cuatro, que se completará con los dos finales, preparados por Dámaso Santos, ya que cubrirán los años que van desde la guerra civil hasta la actualidad.

La muestra abarca los poetas que han nacido entre 1853 (José Martí y Salvador Díaz Mirón) y 1912 (Pablo Antonio Cuadra). Cada selección de piezas, por fuerza breve, va precedida de una noticia biográfica y una descripción somera de la obra y la esté-

tica de cada autor. Al final, una nutrida bibliografía remite al lector a unas fuentes más proliferas.

Es de celebrar que, por fin, no se divida la literatura en castellano entre poetas de España y de Ultramar, como si todavía existiera un Ministerio de Colonias. Esta división es absurda de cara a la historia literaria que viene desde el modernismo, y así lo han entendido los autores.

El libro ofrece una doble utilidad: es obra de consulta rápida, que permite situar a cualquier nombre mayor de la poesía en nuestra lengua, y puede servir de buena introducción escolar para el conocimiento de un inmenso corpus poético, difícil de manejar por otros medios.

Habladorías del Nuevo Mundo

Juan Octavio Prentz

Adonais. Madrid, 1986, 70 pp.

He aquí el, hasta ahora, penúltimo libro de poemas de Prentz, cuya trayectoria en este campo se iniciara en 1961 con *Plaza suburbana*. Es difícil de acotar como género, y en esta aguda y personal definición genérica reside, tal vez, su mejor virtud.

Comparte *Habladorías...* la estrictez elocutiva del poema, el sentido de la escena que tiene el cuento y, mirado en conjunto, la unidad temática y temporal convierte el libro en una suerte de epopeya de bolsillo sobre el descubrimiento, conquista y poblamiento de América, aventura compleja que, de algún modo, culmina en el libro mismo, obra del hijo de un inmigrante que debe emigrar, a su vez, empujado por las circunstancias políticas que generó aquella historia de invasiones y migraciones.

Epopeya no significa gravedad ni solemnidad trágica. Hay mucho de socarronería criolla en la evocación de situaciones y personajes, un poco a la manera como la novela de pícaros cita y parodiza, a un mismo tiempo, la novela de caballerías. Una prueba contundente de que un poeta, aún entregado, formalmente, a la prosa, insiste en su perfil poético: rescatar ese raro y aparentemente mágico instante en que el lenguaje se pone grávido, se engruesa, se «hincha» y obliga a anudar sus tientos en la trama del poema.

Historia de Iberoamérica. Tomo III.

Historia contemporánea

Cátedra. Madrid, 1988, 699 pp.

Con este volumen culmina la obra, en principio de orientación escolar, aunque de altísimas exigencias científicas, que Cátedra, junto con la Sociedad Estatal del Quinto Centenario, encargó coordinar al profesor Manuel Lucena Salmoral. Los dos volúmenes precedentes se ocupan de la prehistoria americana y de la historia de su modernidad.

La presente entrega cubre desde la independencia a nuestros días, proponiendo una ordenación del material que excede las convenciones más visibles en la materia. Vemos desfilar, así, no sólo el proceso independentista y la formación de los nuevos Esta-

dos, sino las orientaciones federalistas, regeneracionistas y radicales, los populismos y los nacionalismos.

Cada sección ha sido confiada a especialistas muy expertos en sus campos. Los colaboradores de este tomo son el propio coordinador, John Lynch, Nelson Martínez Díaz, Brian Hammett, Hans-Joachim König, Adam Anderle y Marcello Carmagnani.

Censura, autoritarismo y cultura: Argentina, 1960-1983

Andrés Avellaneda

CEDAL. Buenos Aires, 1986, dos volúmenes, 276 pp.

Andrés Avellaneda, profesor y crítico, conocido por sus intervenciones periodísticas y sus libros especializados, dedicó una constancia curiosa y, seguramente, dolorida, a recoger todas las expresiones de grupos influyentes y decisiones del poder político (a menudo dictatorial) contra la libertad de expresión en el ámbito cultural argentino, desde el gobierno constitucional de Arturo Frondizi hasta el final de la dictadura militar iniciada en 1976.

Un examen del material ofrece un panorama más bien escalofriante de lo que ha sido la lucha constante contra el sectarismo reaccionario encaramado en estamentos potentes (la Iglesia católica, sobre todo, y los grupos ideológicos permeados de catolicismo) para mantener un inestable espacio en que la invención cultural pudiera sobrevivir.

Más al fondo, la implacable investigación de Avellaneda, que se vale del escueto lenguaje de los hechos consumados, permite intuir a toda una sociedad afecta al integristismo, a las promesas mesiánicas y a la intolerancia.

Azul...

Rubén Darío

Nueva Nicaragua. Managua, 1988, 414 pp.

En el centenario de *Azul...*, la colección homónima, que dirige Fidel Coloma González, ha decidido lanzar una tirada numerosa (30.000 ejemplares y 3.000 en papel satinado) de esta obra fronteriza de la poesía en castellano, la que permitió a Pedro Henríquez Ureña razonar que, en nuestra lengua, podía saberse si un poema era anterior o posterior a Rubén Darío.

Es sabido que Rubén modificó bastante la edición princeps de Valparaíso (1888) en el texto definitivo, último revisado por él, de *La Nación* de Buenos Aires (1905). Esta edición combina ambas versiones, dando los poemas de la primera edición en su redacción original y ordenados según aquella, respetando las supresiones de 1905 e incluyendo los prólogos de Eduardo de la Barra y Juan Valera. Las notas van en su totalidad.

Completan la entrega unas viñetas y *cul de lampe* de la época, que colaboran a restaurar la atmósfera visual de los albores modernistas.

Villa-Lobos

Eduardo Storni

Espasa-Calpe. Madrid, 1988, 168 pp.

Con ocasión del centenario del músico brasileño Eitor Villa-Lobos, el crítico argentino Storni ha redactado esta biografía y examen de su obra, para la ya nutrida colección «Clásicos de la Música».

Storni sigue la huella del compositor a partir de sus difíciles comienzos, su formación casi completamente autodidáctica, sus viajes que intentan imponer su novedosa vena en Europa, su triunfo en ella y los Estados Unidos, sus relaciones personales. Al tiempo, intenta describir la estética, a la vez nacionalista y modernizante, del creador, y desbrozar la nutrida jungla de sus obras completas, que cubren, con generosidad, todos los géneros.

Libro de consulta, no exento de puntos de vista personalísimos y propicios a la polémica, incluye series de noticias complementarias, como el opus completo y una bibliografía variada sobre el personaje estudiado y temática afín.

El último escrito de Joan Alsina.**Un testimonio cristiano de liberación**

Mario Boero

Nuestra América. Santiago de Chile, 1988, 146 pp.

El sacerdote catalán Joan Alsina, fusilado durante el golpe de Estado chileno, en septiembre de 1973, dejó un escrito que, exhumado tras su muerte, se considera una suma de su posición religiosa y político-social.

En el presente libro, Boero, profesor chileno especializado en temas de teología de la liberación, aborda a Alsina desde una perspectiva biográfica e ideológica, analizando las tres partes del mencionado documento y contextualizándolo, finalmente, en la cristología de la solidaridad, emanada de la Biblia y con apoyo específico en el Nuevo Testamento.

Alsina pertenece, en la lectura de Boero, a la teología que advierte el cuerpo de Cristo en la humanidad que sufre miseria y opresión y la cual, en lugar de sobrellevar su dolor con resignación fatalista, lucha por el proyecto divino de un mundo justo y solidario.

Los ochenta mundos de Cortázar: ensayos

Fernando Burgos (editor)

Edi-6. Madrid, 1987, 219 pp.

Entre el 10 y el 12 de abril de 1986, la Universidad de Oklahoma realizó un coloquio internacional sobre Julio Cortázar, bajo la coordinación de John Deveny y Juan Manuel Marcos. Se recibieron un centenar de trabajos, de entre los cuales el editor seleccionó los que cubren la presente entrega.

Suscriben los trabajos: Jaime Alazraki, Rocío Antúnez, Lida Aronne Amestoy, Mary Berg, Rhonda Buchanan, Hernán Castellano Girón, Héctor Cavallari, Amaryll Chanady, Malva Filer, Mempo Giardinelli, Aníbal González, Ricardo Gutiérrez Mouat, Ana

Hernández de López, Nancy Kason, Martha Morello Frosch, Randolph Pope, María Roseblatt, Cynthia Stone, Joseph Tyler, Jonathan Tittler, Luisa Valenzuela y Emil Volek.

La revolución es un sueño eterno

Andrés Rivera

Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1987, 170 pp.

El argentino Rivera (Buenos Aires, 1928) pertenece a la llamada «generación del 55», fuertemente marcada por su tendencia realista social y política, ideológicamente comprometida con posiciones de cuestionamiento o, en ocasiones, francamente revolucionarias. Su ya extensa obra de narrador recoge títulos como *El precio*, *Los que mueren*, *Sol de sábado*, *Cita*, *El yugo y la marcha*, *Una lectura de la historia*, *Nada que perder*, *En esta dulce tierra* y *Apuestas*.

El presente libro reconstruye la figura de Juan José Castelli, uno de los integrantes del «ala izquierda» de la revolución porteña de 1810, muerto en plena juventud jacobina de una enfermedad alegórica: un cáncer de lengua, el final del lenguaje.

Rivera, aparte de la evocación de un momento histórico, se plantea una reflexión acerca del precio de las revoluciones y si el fin alcanzado por ellas (mejorar el mundo de los hombres) compensa la inmensa inversión de dolores y humillaciones que la lucha impone.

Ensayos de literatura hispanoamericana

Gustav Siebenmann

Taurus. Madrid, 1988, 343 pp.

El presente volumen recoge obra suelta del hispanista suizo Siebenmann, orientada, toda ella, al mundo literario hispanoamericano. A pesar de su carácter colectivo, el libro puede dividirse en bloques nítidos y coherentes: la identidad cultural latinoamericana (especialmente, desde la óptica europea y, más concretamente, germánica), las tendencias literarias de este siglo en América Latina, la diversidad de la narrativa latinoamericana (indigenismo, literatura fantástica, realismo mágico, novela metafísica) y el panorama de las relaciones culturales entre Alemania y el subcontinente, en los dos últimos siglos.

Aparte de ensayos sobre autores puntuales (Vallejo, Borges, Sábato, García Márquez, Mariano Azuela, Ciro Alegría) el libro ilumina un espacio poco estudiado, en general, por los especialistas: la aplicación de fuentes y modelos de análisis germanizantes a la temática latinoamericana.

O jogo mágico

Bella Jozef

José Olympio. Rio de Janeiro, 1980, 197 pp.

La profesora brasileña Bella Jozef se ha especializado en el estudio y traducción de autores hispa-

noamericanos, ofreciendo al vasto público lector de portugués un panorama literario de difícil acceso idiomático.

En este libro se recogen numerosos artículos sueltos, que cubren un vasto espectro temático. Buena parte de ellos se refiere a la actual producción brasileña. Otra parte, no menos importante, está dedicada a escritores en castellano: Rómulo Gallegos, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Manuel Puig, Adolfo Bioy Casares, Teresa de la Parra, Gustavo Sainz, Edmundo Valadés, Enrique Medina, Rosario Castellanos, Manuel Scorza, Vicente Aleixandre, Octavio Paz y César Vallejo.

Poetas cubanos en España, antología

Felipe Lázaro

Betania. Madrid, 1987, 170 pp.

La revolución cubana produjo un numeroso éxodo (se calcula que dos millones de cubanos viven fuera de la isla), el cual, más allá de valoraciones políticas, tiene una envergadura real que no debe desdennarse. De entre todos estos trasterrados, los escritores forman un sector considerable y destacan los poetas, ese club apañado y combativo en su carácter de minoría inmensa, que suele caracterizarlo en todo lugar y tiempo.

Esta antología recoge parte de la producción poética cubana de la emigración y, concretamente, la de los escritores radicados en España. Con diverso acento y acierto dispar, es una muestra severamente documental que reúne a José Abreu, Alberto Baeza Flores (chileno de nacimiento y afincado largamente en Cuba), Gastón Baquero, Benita Barroso, Rolando Campins, Luis Cartaña, Roberto Cazorla, Elena Clavijo, David Lago, Felipe Lázaro, José Mario, Roberto Padrón, Francisco Revuelta, Miguel Sales, Jesús Sánchez Sordo, Pío Serrano, Armando Valladares y Francisco Vives, prologados por Alfonso López Gradolí.

Cuentos modulados con frecuencia

Carmen García Arias

Mi Desván. Buenos Aires, 1986, 159 pp.

María del Carmen García Arias, aunque española de nacimiento, radica en Argentina desde la guerra civil, por lo que puede considerarse una escritora del país del Plata. Su doble vertiente nacional se conjuga con facilidad a través de la lengua común y de los numerosos vínculos que cabe rastrear en la historia también común, sobre todo la de la inmigración pobre desde finales del siglo XIX y el exilio republicano, a partir de 1939.

Como en su anterior entrega narrativa, *Cuentos de dos hemisferios*, la autora toca la doble temática, volviendo sobre el mundo del recuerdo y su pariente cercano, la fantasía, las emigraciones, las lejanías del espacio y las proximidades del sentimiento.

¡Arriba corazón!

Oswaldo Dragún

Teatro Municipal General San Martín. Buenos Aires, 1987, 104 pp.

En treinta años largos de carrera como autor dramático, el argentino Dragún ha contrastado su producción con públicos diversos (México, España, su país natal, etc.) y cubierto una parábola que va desde el teatro alegórico-social y de crítica de lo cotidiano hasta las experiencias de texto abierto y protagonismo del actor y el director en la producción del hecho escénico. Títulos como *La peste viene de Me-los*, *Historias para ser contadas*, *Los de la mesa diez*, *Túpac Amaru*, *Historias con cárcel*, jalonan los puntos antes descritos.

El presente texto surge de un trabajo en colaboración con el director Omar Grasso, cuya parte literaria sufrió un largo proceso de elaboración que el mismo Dragún describe: «... descubrí que por primera vez en mi vida había empezado a escribirme una carta a mí mismo. La carta tardó siete años en ser escrita. Lo que garantiza sólo eso: que tardó siete años. Pueden abrir el sobre. Tal ¿quién sabe? es posible (ah, la precariedad) que podamos compartir la sensación de habitar una tierra que siempre se nos está moviendo bajo los pies. Inmigrantes que nunca llegarán al paraíso».

Cartas a Moreno

Jorge Goldemberg

Acordate de la Francisca

Marisel Lloberas Chevalier

Teatro Municipal General San Martín. Buenos Aires, 1987, 102 pp.

Reúne este volumen de la colección dedicada a las obras representadas en las salas municipales de la capital argentina, dos producciones de la actual dramaturgia de dicho país. El texto de Goldemberg (San Martín, 1941) es resultado de unos ensayos de improvisación habidos con el Equipo Teatro Joven del Payró a partir de las cartas que la mujer de Mariano Moreno, el prócer revolucionario, envió a su marido y que él no llegó a leer porque murió en el viaje a Londres.

Lloberas (San Fernando, 1960) ganó con su texto el premio Mauricio Kohen de 1987, instituido por la Fundación Argentina. Es una crítica en tono farsesco y coloquial a la sociedad consumista, en su doble vertiente: la sociedad argentina, abatida por la crisis, y la norteamericana, boyante y opulenta, a la cual emigra el personaje titular.

El lector puede recorrer dos generaciones de recientes dramaturgos argentinos, subrayando parecidos de familia y diversidad de individuos.

Esquemas para una oda tropical (a cuatro voces)

Carlos Pellicer (edición crítica con reproducciones facsimilares y versiones trilingües, comparada y anotada por Samuel Gordon).

Gobierno del Estado de Tabasco. Villahermosa, 1987, 136 pp.

Las dos *Intenciones* (obviamente: primera y segunda) que componen esta oda son las obras mayores, en forma y aliento, del mexicano Carlos Pellicer. Su redacción le llevó unos cuarenta años, pues la primera data de 1932 (edición príncipe de 1933) y la segunda, de 1973/6. Concibió el conjunto como una suerte de oratorio silencioso, en que las voces del texto sonaran como coros y orquestas, en torno a las sugerencias de las viejas mitologías indígenas mexica-

nas y el paisaje, más o menos idealizado, de la meseta y la jungla en la zona tórrida.

Gordon ha exhumado los facsímiles de las impresiones originales, parte de los manuscritos, una traducción francesa y otra inglesa, las variantes entre diversas redacciones, las correcciones del propio autor. De tal modo, se rescata toda una época de la historia creativa de Pellicer, que superpuso cuatro décadas de vida cotidiana y producción en un esfuerzo imaginativo considerable.

Blas Matamoro